

isletas que tiene pobladas, alguna lleva plomo, que se llama tiqui. Boja ochenta leguas; rescibe diez ó doce rios grandes y muchos arroyos; despídelos por un solo rio, empero muy ancho y hondo, que va á parar en otra laguna cuarenta leguas hácia el oriente, donde se sume, no sin admiración de quien la mira. El principal inga que sacó de Tiquicaca los primeros, que los acaudilló, se nombraba Zapalla, que significa solo señor. También dicen algunos indios ancianos que se llamaba Viracocha, que quiere decir grasa del mar, y que trajo su gente por la mar. Zapalla, en conclusion, afirman que pobló y asentó en el Cuzco, de donde comenzaron los ingas á guerrear la comarca, y aun otras tierras muy léjos, y pusieron allí la silla y corte de su imperio. Los que mas fama dejaron por sus excelentes hechos fueron Topa, Opangui y Guaynacapa, padre, agüelo y bisagüelo de Atabaliba. Empero á todos los ingas pasó Guaynacapa, que mozo rico suena; el cual, habiendo conquistado el Quito por fuerza de armas, se casó con la señora de aquel reino, y hubo en ella á Atabaliba y á Illescas. Murió en Quito; dejó aquella tierra á Atabaliba, y el imperio y tesoros del Cuzco á Guaxcar. Tuvo, á lo que dicen, doscientos hijos en diversas mujeres, y ochocientas leguas de señorío.

Corte y riqueza de Guaynacapa.

Residian los señores ingas en el Cuzco, cabeza de su imperio. Guaynacapa, empero, continuó mucho su vivienda en el Quito, tierra muy apacible, por haberla él conquistado. Traia siempre consigo muchos orejones, gente de guerra y armada, por guarda y reputación; los cuales andaban con zapatos y plumajes y otras señales de hombres nobles y privilegiados por el arte militar. Servíase de los hijos mayores ó herederos de todos los señores de su imperio, que muy muchos eran, y cada uno se vestía á fuer de su tierra, porque todos supiesen de dónde eran; y así, habia tanta diversidad de trajes y colores, que á maravilla honraban y engrandescian su corte. Tenia tambien muchos señores grandes y ancianos en su corte para consejo y estado; estos, aunque traian gran casa y servicio, no eran iguales en los asientos y honras, ca unos precedian á otros; unos andaban en andas, otros en hamacas, y algunos á pié. Unos se sentaban en banquetos altos y grandes, otros en bajos, y otros en el suelo. Empero siempre que cualquiera de todos ellos venia de fuera á la corte, se descalzaba para entrar en el palacio, y se cargaba algo á los hombros, para hablar con Guaynacapa, que pareciese vasallaje. Llegaban á él con mucha humildad, y hablábanle teniendo los ojos bajos, por no lo mirar á la cara: tanto acatamiento le tenian. El estaba con mucha gravedad, y respondia en pocas palabras; escupia, cuando en casa estaba, en la mano de una señora, por majestad. Comia con grandísimo aparato y bullicio de gente; todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y cobre, por mas recio. Tenia en su recámara estatuas huecas de oro, que parecían gigantes, y las figuras al propio, y tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cria la mar y agua de sus reinos. Tenia asimesmo sogas, costales, cestas y trójes de

oro y plata; rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar; en fin, no habia cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha, y aun dicen que tenian los ingas un verjel en una isla cerca de la Puna, donde se iban á holgar cuando querian mar, que tenia la hortaliza, las flores y árboles de oro y plata: invención y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto, tenia infinitísima cantidad de plata y oro por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Guaxcar; ca los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban á España. Muchos lo han buscado después acá, y no le hallan: por ventura seria mayor la fama que la cuantía, aunque le llamaban mozo rico, que tal quiere decir Guaynacapa. Todas estas riquezas heredó Guaxcar juntamente con el imperio, y no se habla dél tanto como de Atabaliba, no sin agravio suyo; debe ser porque no vino á poder de nuestros españoles.

Religion y dioses de los ingas y otras gentes.

Hay en esta tierra tantos ídolos como oficios, no quiere decir hombres, porque cada uno adora lo que se le antoja. Empero es ordinario al pescador adorar un tiburón ó algun otro pez; al cazador un león, ó un oso, ó una raposa y tales animales, con otras muchas aves y sabandijas; el labrador adora el agua y tierra; todos, en fin, tienen por dioses principalísimos al sol y luna y tierra, creyendo ser esta la madre de todas las cosas, y el sol, juntamente con la luna, su mujer, criador de todo; y así, cuando juran, tocan la tierra y miran al sol. Entre sus muchas guacas (así llaman los ídolos) habia muchas con báculos y mitras de obispos; mas la causa dello aun no se sabe; y los indios cuando vieron obispo con mitra, preguntaban si era guaca de los cristianos. Los templos, especialmente del sol, son grandes y suntuosos y muy ricos; el de Pachacama, el del Collao, y del Cuzco y otros, estaban aforrados por dentro, de tablas de oro y plata, y todo su servicio era de lo mismo, que no fué poca riqueza para los conquistadores. Ofrecian á los ídolos muchas flores, yerbas, frutas, pan, vino y humo, y la figura de lo que pidian hecha de oro y plata; y á esta causa estaban tan ricos los templos. Eran eso mismo los ídolos de oro y plata, aunque muchos habia de piedra, barro y palo. Los sacerdotes vistén de blanco; andan poco entre la gente; no se casan; ayunan mucho, aunque ningun ayuno pasa de ocho días, y es al tiempo de sembrar y segar, y de coger oro, y hacer guerra ó hablar con el diablo, y aun algunos se quiebran los ojos para semejante habla; y creo que lo hacian de miedo, porque todos ellos se atapan los ojos cuando hablan con él; y hablábanle muchas veces para responder á las preguntas que los señores y otras personas hacen. Entran en los templos llorando y guayando, que guaca eso quiere decir. Van de buces por tierra hasta el ídolo, y hablan con él en lenguaje que los seglares no entienden. No le tocan con las manos sin tener en ellas unas toallas muy blancas y limpias; sotierran dentro el templo las ofrendas de oro y plata. Sacrifican hombres, niños, ovejas, aves, y animales bravos y silvestres que ofrecen cazadores. Catan los corazones, que son muy agoreros, para ver las buenas ó malas señales

del sacrificio, y cobrar reputación de santos adivinos, engañando la gente. Vocean reciamente á los tales sacrificios, y no callan todo aquel día y noche, especial si es en el campo, invocando los demonios; untan con la sangre los rostros del diablo y puertas del templo, y aun rocian las sepulturas. Si el corazón y livianos muestran alegre señal, bailan y cantan alegremente, y si triste, tristemente; mas tal cual fuere la señal, no dejan de emborracharse muy bien los que se hallan en la fiesta. Muchas veces sacrifican sus propios hijos; que pocos indios lo hacen, por mas crueles y bestiales que son todos ellos en su religion; mas no los comen, sino sécanlos y guárdanlos en grandes tinajones de plata. Tienen casas de mujeres, cerradas como monesterios, de donde jamás salen; capan y aun castran los hombres que las guardan, y aun les cortan narices y bezos, porque no los codiciasen ellas; matan á la que se empreña y peca con hombre; mas si jura que la empreñó Pachacama, que es el sol, castíganla de otra manera por amor de la casta; al hombre que á ellas entra cuelgan de los piés. Algunos españoles dicen que ni eran vírgines ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas buenas costumbres. Hilaban y tejian estas mujeres ropa de algodón y lana para los ídolos, y quemaban la que sobraba con huesos de ovejas blancas, y aventaban los polvos hácia el sol.

La opinion que tienen acerca del diluvio y primeros hombres.

Dicen que al principio del mundo vino por la parte septentrional un hombre que se llamó Con, el cual no tenia huesos. Andaba mucho y ligero, acortaba el camino abajando las sierras y alzando los valles con la voluntad solamente y palabra, como hijo del sol, que decia ser. Hinchó la tierra de hombres y mujeres que crió, y dióles mucha fruta y pan, con lo demás á la vida necesario. Mas empero, por enojo que algunos le hicieron, volvió la buena tierra que les habia dado en arenales secos y estériles, como son los de la costa; y les quitó la lluvia, ca nunca después acá llovió allí. Dejóles solamente los rios, de piadoso, para que se mantuviesen con regadío y trabajo. Sobrevino Pachacama, hijo tambien del sol y de la luna, que significa criador, y desterró á Con, y convirtió sus hombres en los gatos, gesto de negros que hay; tras lo cual crió él de nuevo los hombres y mujeres como son agora, y proveyóles de cuantas cosas tienen. Por gratificación de tales mercedes tomáronle por Dios, y por tal lo tuvieron y honraron en Pachacama, hasta que los cristianos lo echaron de allí, de que muy mucho se maravillaban. Era el templo de Pachacama que cerca de Lima estaba, famosísimo en aquellas tierras y muy visitado de todos por su devoción y oráculos; ca el diablo aparecía y hablaba con los sacerdotes que allí moraban. Los españoles que fueron allí con Fernando Pizarro, tras la prisión de Atabaliba, lo despojaron del oro y plata, que fué mucha, y después de sus oráculos y visiones, que cesaron con la cruz y sacramento; cosa para los indios nueva y espantosa. Dicen asimesmo que llovió tanto un tiempo, que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres, sino los que cupieron en ciertas cuevas de unas muy altas sierras, cuyas chiquitas puertas taparon de manera que agua

no les entrase; metieron dentro muchos bastimentos y animales. Cuando llover no sintieron, echaron fuera dos perros; y como tornaron limpios, aunque mojados, conocieron no haber menguado las aguas. Echaron después mas perros, y tornando enlodados y enjutos, entendieron que habian cesado, y salieron á poblar la tierra; y el mayor trabajo que para ello tuvieron y estorbo, fueron las muchas y grandes culebras que de la humedad y cieno del diluvio se criaron, y agora las hay tales; mas al fin las mataron y pudieron vivir seguros. Tambien creen la fin del mundo; empero que precederá primero grandísima seca, y se perderán el sol y luna, que adoran; y por aquesto dan grandes alaridos, y lloran cuando hay eclipses, mayormente del sol, temiendo que se van á perder él y ellos y todo el mundo.

La toma del Cuzco, ciudad riquísima.

Informado Francisco Pizarro de la riqueza y ser del Cuzco, cabeza del imperio de los ingas, dejó á Caxamalca y fué allá. Caminó á recado, porque Quizquiz andaba corriendo la tierra con gran ejército que hiciera de la gente de Atabaliba y de otra mucha. Topó con ellos en Jauja, y sin pelear llegó á Vilcas, donde Quizquiz, pensando aprovecharse de los enemigos, por tener la cuesta, dió sobre laanguardia, que Soto llevaba; mató seis españoles é hirió otros muchos, y aina los desbaratara; mas sobrevino la noche, que los despartió. Quizquiz se subió á lo alto con alegría, y Soto se relijó con los que Almagro trajo. Apenas era amanescido el día siguiente, cuando ya peleaban los indios. Almagro, que capitaneaba, se retrajo á lo llano para se aprovechar allí dellos con los caballos. Quizquiz, no entendiendo aquel ardid ni el nuevo socorro, pensó que huían, y comenzó á ir tras ellos, peleando sin orden. Revolvieron los de caballo, alancearon infinitos indios de los de Quizquiz, que con el tropel de los de caballo y espesa niebla que hacia, no sabian de sí, é huyeron. Llegó Pizarro con el oro y resto del ejército; estuvo allí cinco días, á ver en qué paraba la guerra. Vino Mango, hermano de Atabaliba, á dársele; él lo rescibió muy bien, y lo hizo rey, poniéndole la borla que acostumbran los ingas. Siguió su camino con grandes compañías de indios, que á servir su nuevo inga venian. Llegando cerca del Cuzco, se descubrieron muchos grandes fuegos, y envió corriendo allá la mitad de los caballos á estorbar ó remediar el fuego, creyendo que los vecinos quemaban la ciudad porque no gozasen della los cristianos; empero no era fuego para daño sino para señal y humo. Salieron tantos hombres con armas á ellos, que les hicieron huir á puras pedradas la sierra abajo. Llegó en esto Pizarro, que amparó los huidos, y peleó con los perseguidores tan animosamente, que los puso en huida. Ellos, que se veian huidos y acosados, dejaron las armas y pelea, y á mas correr se metieron en la ciudad. Tomaron su hato, y saliéronse luego aquella misma noche los que sustentaban la guerra; entraron otro día los españoles en el Cuzco sin contradicción ninguna, y luego comenzaron unos á desenterrar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros á desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban, otros á tomar ídolos, que de lo mismo eran; saquearon tambien las ca-

sas y la fortaleza, que aun tenia mucha plata y oro de lo de Guaynacapa. En fin, hubieron allí y á la redonda mas cantidad de oro y plata que con la prision de Atabaliba habian habido en Caxamalca. Empero, como eran muchos mas que no allá, no les cupo á tanto; por lo cual, y por ser segunda vez y sin prision de rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata, que valia cincuenta mil castellanos; otros los hallaron de menos valor, mas hallaron muchos, ca usaban los ricos hombres de aquellas tierras enterrarse así por el campo á par de algun ídolo. Anduvieron asimismo buscando el tesoro de Guaynacapa y reyes antiguos del Cuzco, que tan afamado era; pero ni entonces ni después se halló. Mas ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto habia, y aun les hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijese del y mostrasen sepulturas.

Calidades y costumbres del Cuzco.

El Cuzco está mas allá de la Equinocial diez y siete grados. Es áspera tierra y de mucho frio y nieves. Tienen casas de adobes de tierra, cubiertas con esparto, que hay mucho por las sierras; las cuales llevan tambien de suyo nabos y altramuces. Los hombres andan en cabello; mas véndanse las cabezas: visten camisas de lana y pañicos. Las mujeres traen sotanas sin mangas, que fajan mucho con cintas largas, y mantellinas sobre los hombros, prendidas con gordos alfileres de plata ó cobre, que tienen las cabezas anchas y agudas, con que cortan muchas cosas. Comen cruda la carne y el pescado. Aquí son propiamente los orejones, que se abren y engrandan mucho las orejas, y cuelgan dellas unos sortijones de oro. Casan con cuantas quieren, y aun algunos con sus propias hermanas; mas los tales son soldados. Castigan de muerte los adulterios, sacan los ojos al ladrón, que me parece su propio castigo. Guardan mucha justicia en todo, y aun dicen que los mismos señores la ejecutan. Heredan los sobrinos, y no los hijos; solamente heredan los ingas á sus padres, como mayorazgos. El que toma la borla ayuna primero. Todos se entierran: los pobres y oficiales llanamente, aunque les ponen sobre las sepulturas una alabarda ó morrion si es soldado, un martillo si platero, y si cazador un arco y flechas. Para los ingas y señores hacen grandes hoyos ó bóveda, que cubren de mantas, donde cuelgan muchas joyas, armas y plumajes; ponen dentro vasos de plata y oro con agua y vino y cosas de comer. Meten tambien algunas de sus amadas mujeres, pajes y otros criados que los sirvan y acompañen; mas estos no van en carne, sino en madera. Cúbrenlo todo de tierra, y echan de continuo por encima de aquellos sus vinos. Cuando españoles abrian estas sepulturas y desparcian los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resuscitar; ca bien creen la resurreccion de los cuerpos y la inmortalidad de las almas.

La conquista del Quito.

Ruminagui, que con cinco mil hombres huyó de Caxamalca cuando Atabaliba fué preso, caminó derecho al

Quito, y alzóse con él, barruntando la muerte de su rey. Hizo muchas cosas como tirano. Mató á Illescas porque no le impidiese su tiranía, yendo por los hijos de Atabaliba, su hermano de padre y madre, y á rogalle mantuviese lealtad y paz y justicia en aquel reino. Desollóle, y hizo del cuero un atambor, que no hacen mas los diablos. Desenterraron el cuerpo de Atabaliba dos mil indios de guerra, y llevaronlo al Quito, como él mandara. Ruminagui los recibió en Liribamba muy bien, y con la pompa y cerimonias que á los huesos de tan gran príncipe acostumbran. Hízoles un banquete y borrachera, y matólos, diciendo que por haber dejado matar á su buen rey Atabaliba. Tras esto juntó mucha gente de guerra, y corrió la provincia de Tumbamba. Pizarro escribió á Sebastian de Benalcázar, que por su teniente estaba en Sant Miguel, fuese al Quito á castigar á Ruminagui, y remediar á los cañares, que se quejaban y pidian ayuda. Benalcázar se partió luego con docientos peones españoles y ochenta de caballo, y los indios de servicio y carga que le pareció. Acudian al Perú con la fama del oro tantos españoles, que áína se despoblaron Panamá, Nicaragua, Cuauhtemallan, Cartagena y otros pueblos é islas; y á esta jornada fueron de buena gana, porque decian ser el Quito tan rico como el Cuzco, aunque habian de caminar ciento y veinte leguas antes de llegar allá, y pelear con hombres mañosos y esforzados. Ruminagui, que desto aviso tuvo, esperó los españoles á la raya de su tierra con doce mil hombres bien armados á su manera; hizo muchas cavas y albarradas en un mal paso, que guardar propuso: llegaron los españoles allí, acometieron el fuerte los de pié, rodearon los de caballo, y pasaron á las espaldas, y en breve espacio de tiempo rompieron el escuadron y mataron muchos indios. Ellos hirieron muchos españoles y mataron algunos, y tres ó cuatro caballos, con cuyas cabezas hicieron alegrías; ca preciaban mas degollar un animal de aquellos, que tanto los perseguia, que diez hombres, y siempre las ponian después donde las viesén cristianos, con muchas flores y ramos, en señal de vitoria. Rehizo su ejército Ruminagui, y probando ventura, dióles batalla en un llano, en la cual le mataron infinitos, ca los caballos pudieron bien correr y revolverse allí. Empero no perdió por eso ánimo, aunque no osó pelear mas en batalla ni de cerca. Hincó una noche muchas estacas agudas por arriba en un llano, y dió muestra de batalla para que arremetiesen los caballos y se mancassen. Benalcázar lo supo de las espías que traía, y desvióse de la estacada. Los indios entonces se retiraron primero que llegase, y hicieron en otro valle muchos hoyos grandes para que cayesen los caballos, y enramados para que no los viesén. Los españoles pasaron muy léjos dellos, ca fueron avisados, y quisieron pelear, mas no tuvieron lugar. Hicieron luego los indios en el camino mesmo infinitos hoyuelos del tamaño de la pata de caballo, y pusieronse cerca para que los acometiesen, y mancassen los caballos allí. Mas como ni en aquel ni en los otros sus primeros ardidés no pudieron engañar los españoles, se fueron al Quito, diciendo que los barbudos eran tan sabios como valientes. Dijo Ruminagui á sus mujeres: «Alegráos, que ya vienen los cristianos, con quien os podréis holgar.» Ruyéronse algunas, como

mujeres, no pensando quizá mal ninguno. El entonces degolló las risueñas, quemó la recámara de Atabaliba con mucha y rica ropa, y desamparó la ciudad. Entró en Quito Benalcázar con su ejército, sin estorbo; empero no halló la riqueza publicada, que mucho desplugo á todos los españoles. Desenterraron muertos, y ganaron para la costa. Ruminagui, ó enojado desto, ó arrepentido por no haber quemado á Quito, ó por matar los cristianos, trasnochó con su gente y puso fuego á la ciudad por muchos cabos, y sin esperar al día ni á los españoles, se volvió antes que amaneciese.

Lo que aconteció á Pedro de Albarado en el Perú.

Publicada la riqueza del Perú, negoció Pedro de Albarado con el Emperador una licencia para descubrir y poblar en aquella provincia donde no estuviesen españoles; y habida, envió á Garcí Holguín con dos navíos á entender lo que allá pasaba; y como volvió loando la tierra, y espantado de las riquezas que con la prision de Atabaliba todos tenian, y diciendo que tambien eran muy ricos Cuzco y el Quito, reino cerca de Puerto Viejo, determinóse de ir allá él mismo. Armó en su gobernacion, el año de 1533, mas de cuatrocientos españoles y cinco naos, en que metió muchos caballos. Tocó en Nicaragua una noche, y tomó por fuerza dos buenos navíos que se aderezaban para llevar gente, armas y callos á Pizarro. Los que habian de ir en aquellos navíos holgaron de pasar con él antes que esperar otros; y así, tuvo quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto Viejo con todos ellos, y caminó hácia Quito, preguntando siempre por el camino. Entró en unos llanos de muy espesos montes, donde áína perescieran sus hombres de sed; la cual remediaron acaso, ca toparon unas muy grandes cañas llenas de agua. Mataron la hambre con carne de caballos, que para eso degollaban, aunque valian á mil y mas ducados. Llovióles muchos dias ceniza, que lanzaba el volcan del Quito á mas de ochenta leguas, el cual echa tanta llama y trae tanto ruido cuando hierve, que se ve mas de cien leguas, y segun dicen, espanta mas que truenos y relámpagos. Abrieron á manos buena parte del camino: tales boscajes habia. Pasaron tambien unas muy nevadas sierras, y maravilláronse del mucho nevar que hacia tan debajo la Equinocial. Heláronse allí sesenta personas; y cuando fuera de aquellas nieves se vieron, daban gracias á Dios, que dellas los librara, y daban al diablo la tierra y el oro, tras que iban hambrientos y muriendo. Hallaron muchas esmeraldas y muchos hombres sacrificados; ca son los de allí muy crueles idólatras, viven como sodomitas, hablan como moros, y parecen judíos.

Cómo Almagro fué á buscar á Pedro de Albarado.

Quizquiz, capitán de Atabaliba, viendo enajenarse el imperio de los ingas, procuró restaurarlo cuanto en su mano fué, ca tenia gran autoridad entre los orejones. Dió la borla á Paulo, hijo de Guaynacapa. Recogió mucha gente que andaba descariada con la pérdida del Cuzco, y písola en la provincia que llaman Condesuyo, para dañar los cristianos. Pizarro envió allá á Hernando de Soto con cincuenta caballos; mas cuando lle-

gó era partido Quizquiz á Jauja con pensamiento de matar y robar los españoles que allí estaban con el tesoro Alonso Riquelme. Acometiólos, mas defendiéronse. Fué Pizarro avisado desto, y despachó corriendo á Diego de Almagro con muchos de caballo; ca le mucho escocia haber dejado en Jauja gran dinero con chico recado, y tambien para que fuese, después de socorrido Jauja, á saber de Pedro de Albarado, que tenia nueva cómo venia al Perú con mucha gente; y, ó no consentirle desembarcar, ó comprarle la armada. Fué pues Almagro, juntóse con Soto, y corrieron entrambos de Jauja á Quizquiz; y con tanto, se partió para Tumbes á mirar si venia ó andaba por aquella costa Pedro de Albarado con su flota. Supo allí cómo Albarado desembarcara en Puerto Viejo. Volvió á Sant Miguel por mas hombres y caballos, y caminó á Quito. En llegando allá se le sometió Benalcázar. Comenzó á capitanear, conquistó algunos pueblos y palenques de aquel reino que no se habian podido ganar; pasó el rio de Liribamba con mucho peligro, por ir muy crecido y por haber quemado los indios la puente, los cuales estaban á la otra ribera con armas. Peleó con ellos, venció y prendió al capitán, que le dijo cómo á dos jornadas de allí estaban quinientos cristianos combatiendo un peñol del señor Zopozopaguí. Almagro envió luego siete de caballo á ver si aquello era verdad para proveer lo que conviniese, siendo Albarado ó alguno otro que quisiese usurpar aquella tierra. Albarado cogió los siete corredores, informése dellos muy por entero de todo lo que Francisco Pizarro habia hecho y hacia, y del mucho oro y gente que tenia, y cuantos eran los españoles que con Almagro estaban. Soltólos, y acercóse al real de Almagro, con propósito de pelear con él y echarlo de allí. Almagro, que lo supo, temió; y por no arriscar su vida y su honra si á las manos viniesen, ca tenia doblada gente menos, acordó irse al Cuzco y dejar allí á Benalcázar, como primero estaba. Filipillo de Poehchos, que descontento y enojado estaba, se pasó al real de Albarado con un indio cacique, y le dijo la determinacion de Almagro; y si le queria prender, que fuese luego aquella misma noche, y hallaria poca resistencia, y él seria la guia. Ofrecióle asimesmo de acabar con los señores y capitanes de toda aquella tierra que fuesen sus amigos y tributarios, que ya lo habia recabado con los que tenia presos Almagro. Holgó Albarado con tales nuevas; caminó con su gente, y fué á Liribamba con las banderas tendidas y orden de pelear. Almagro, que sin gran vergüenza suya no podia partirse, esforzó sus españoles, hizo dos escuadras dellos, y aguardó los contrarios entre unas paredes, por mas fuerte. Ya estaban á vista unos de otros para romper, cuando comenzaron muchos de ambas partes á decir: «Paz, paz.» Estuvieron todos quedos, y pusieron treguas por aquel dia y noche para que se viesén y hablasen entrambos capitanes. Tomó la mano del negocio el licenciado Caldera, de Sevilla, y concertólos así: que diese Albarado toda su flota, como la traía, á Pizarro y Almagro por cien mil pesos de buen oro, y que se apartase de aquel descubrimiento y conquista, jurando de nunca volver allá en vida dellos; el cual concierto no se publicó entonces por no alterar los de Albarado, que bravos y deseosos

eran; antes dijeron que habían hecho compañía en todo, con que Albarado prosiguiese el descubrimiento por mar, y ellos las conquistas de tierra; y con esto no hubo escándalo ninguno. Aceptó Albarado este partido, por no ver tan rica tierra como le decían; y Almagro ganó mucho en darle tantos dineros.

La muerte de Quizquiz.

No tuvo Almagro de qué pagar los cien mil pesos de oro á Pedro de Albarado por su armada en cuanto se halló en aquella conquista, aunque hubieran en Caramba un templo chapado de plata; ó no quiso sin Pizarro, ó por llevarlo primero donde no pudiese deshacer la venta; así que se fueron ambos á Sant Miguel de Tangarara. Albarado dejó muchos de su compañía á poblar en Quito con Benalcázar, y llevó consigo los mas y mejores. Benalcázar pasó mucho trabajo en su conquista, así por ser la gente muy guerrera, que tambien pelean con honda las mujeres como sus maridos. Almagro y Albarado supieron en Tumbamba cómo Quizquiz iba huyendo de Soto y de Juan y de Gonzalo Pizarro, que lo perseguían á caballo, y que llevaba una gran presa de hombres y ovejas, y mas de quince mil soldados. Almagro no lo creyó, ni quiso llevar los cañares que se le ofrecían dar en las manos á Quizquiz con todo su ejército y cabalgada. Cuando llegaron á Chaparra toparon á deshora con Sotauroco, que iba con dos mil hombres descubriendo el camino á Quizquiz, y prendieron peleando. Sotauroco dijo cómo Quizquiz venia detras una gran jornada con el cuerpo del ejército, y á los lados y espaldas cada dos mil hombres recogiendo vituallas, que así acostumbraba caminar en tiempo de guerra. Agujaron presto los de caballo, por llegar á Quizquiz antes que la nueva. Era el camino tan pedregoso y cuesta abajo, que se desherraron casi todos los caballos. Herráronse á media noche con lumbre, y aun con miedo no los tomasen los enemigos embarazados. Otro día en la tarde llegaron á vista del real de Quizquiz; el cual, como lo vió, se fué con el oro y mujeres por una parte, y echó por otra que muy agra era toda la gente de guerra con Guaypalcon, hermano de Atabaliba. Guaypalcon se hizo fuerte en unas altas peñas, y echaba galgas, que dañaron mucho á los nuestros. Mas fué luego aquella noche, porque se vió sin comida y atajado. Corrieron tras él los de caballo, y no lo pudieron desbaratar, aunque le mataron algunos. Quizquiz y Guaypalcon se juntaron y se fueron á Quito, pensando que pocos ó ningunos españoles quedaron allá, pues venían allí tantos. Hubieron un rencuentro con Sebastian de Benalcázar, y fueron perdidosos. Dijeron los capitanes á Quizquiz que pidiese paz á los españoles, pues eran invencibles, y que le guardarían amistad, pues eran hombres de bien, y no tentase mas la fortuna, que tanto los perseguía. El los amenazó porque mostraban cobardía, y mandó que le siguiesen para rehacerse. Replicaron ellos que diese batalla, pues les sería mas honra y descanso morir peleando con los enemigos que de hambre por los despoblados. Quizquiz los deshonró por esto, jurando de castigar los amotinadores. Guaypalcon entonces le tiró un bote de lanza por los pechos; acudieron luego con hachas y porras otros muchos, y ma-

táronlo; y así acabó Quizquiz con sus guerras, que tan famoso capitan fué entre orejones.

Albarado da su armada y recibe cien mil pesos de oro.

A pocas leguas de camino, ya que Quizquiz iba huyendo, toparon nuestros españoles su retaguarda, que como los vido se puso á defender que no pasasen un rio. Eran muchos, y unos guardaron el paso y otros pasaron el rio por muy arriba á pelear, pensando matar y tomar en medio los cristianos. Tomaron una serrezuela muy áspera por ampararse de los caballos. Y allí pelearon con ánimo y ventaja. Mataron algunos caballos, que con la maleza de la tierra no podían revolverse; é hirieron muchos españoles, y entre ellos á Alonso de Albarado, de Búrgos, en un muslo, que se le pasaron, y áina mataran á Diego de Almagro. Quemaron la ropa que no pudieron llevar. Dejaron quince mil ovejas y cuatro mil personas que por fuerza llevaban, y subiéronse á lo alto. Eran las ovejas del sol; ca tenían los templos, cada uno en su tierra, grandes rebaños de ellas. Y nadie las podía matar, so pena de sacrilegio, salvo el Rey en tiempo de guerra y caza. Inventaron esto los reyes del Cuzco para tener siempre bastimento de carne en las continuas guerras que hacían. Llegados que fueron los nuestros á Sant Miguel, despachó Albarado á Garci Holguin á Puerto-Viejo, á entregar los navios de su flota á Diego de Mora, capitan de Almagro; el cual entonces hizo grandes dádivas y socorros en dineros, armas y caballos á los suyos y á los de Albarado. Fundó luego á Trujillo, como Pizarro escribió. Dejó por teniente á Miguel de Astete, y vino á Pachacama, donde Francisco Pizarro recibió muy bien á Pedro de Albarado, y le pagó de contado los cien mil pesos de oro que Almagro prometió por la flota. No faltaron ruines que dijese á Pizarro prendiese á Albarado por haber entrado con mano armada en su jurisdiccion, y lo enviase á España, y que no le pagase; é ya que pagar le quisiese, no le diese sino cincuenta mil pesos, pues mas no valian los navios; dos de los cuales eran suyos. Pizarro no lo quiso hacer, antes le dió otras muchas cosas y lo dejó ir libremente, como supo estar las naos en Sant Miguel y en poder de Diego de Mora. Fué Albarado á Cuauhtemallan casi solo, y quedaron en el Perú los suyos, que como eran nobles y valientes, y aun bravosos, llegaron á ser después muy principales en aquella tierra.

Nuevas capitulaciones entre Pizarro y Almagro.

Francisco Pizarro pobló tras esto la ciudad de los Reyes, á la ribera de Lima, rio fresco y apacible, cuatro leguas de Pachacama, y cerca de la mar. Pasó á ella los vecinos de Jauja, que no era tan buena vivienda. Envió al Cuzco á Diego de Almagro con muchos españoles, á regir la ciudad. Y él fué á Trujillo á repartir la tierra é indios entre los pobladores. Tuvo nueva y cartas Almagro, estando en el Cuzco, de cómo el Emperador le había hecho mariscal del Perú y gobernador de cien leguas de tierra, mas adelante que Pizarro gobernaba; y quiso serlo luego y antes de tener la provision. Y como el Cuzco no entraba en la gobernacion de Pizarro, y había de caer en la suya, comenzó á repartir la tierra, y mandar y vedar por sí, dejando los poderes del

Vuelta de Fernando Pizarro al Perú.

compañero y amigo; y le faltaron para ello favor y consejo de muchos, entre los cuales era Hernando de Soto. Envió corriendo Pizarro á Verdugo con poder para Juan Pizarro y revocacion de Almagro. Contradijéronle reciamente Juan y Gonzalo Pizarro y los mas del regimiento; y así, no salió con su intento. Llegó Pizarro en esto por la posta, y apaciguólo todo amigablemente. Juraron de nuevo sobre la hostia consagrada Pizarro y Almagro su vieja compañía y amistad, y concertaron que Almagro fuese á descubrir la costa y tierra de hácia el estrecho de Magallanes, porque decían los indios ser muy rica tierra el Chili, que por aquella parte estaba; y que si buena y rica tierra hallase, que pedirían la gobernacion della para él, y sino, que partirían la de Pizarro, como la demás hacienda, entre sí; barto buen concierto era, si engañoso no fuera. Juraron empero entrambos de nunca ser el uno contra el otro, por bien ni mal que les fuese, y aun afirman muchos que dijo Almagro cuando juraba, que Dios le confundiese cuerpo y alma si lo quebrantaba, ni entraba con treinta leguas en el Cuzco, aunque el Emperador se lo diese. Otros, que dijo: «Dios le confunda el cuerpo y alma al que lo quebrantare.»

La entrada que Diego de Almagro hizo al Chili.

Aderezóse Almagro para ir al descubrimiento de Chili, como estaba concertado. Dió y emprestó muchos dineros á los que iban con él, porque llevasen buenas armas y caballos; y así, juntó quinientos y treinta españoles muy lucidos, y que de buena gana querían ir tan léjos por su liberalidad y por la gran fama de oro y plata de aquellas tierras. Muchos tambien hubo que dejaron su casa y repartimientos por ir con él, pensando mejorarlos. Almagro pues dejó allí en el Cuzco á Juan de Rada, criado suyo, haciendo mas gente. Envió delante á Juan de Saavedra, de Sevilla, con ciento, y él partióse luego con los otros cuatrocientos y treinta, y con Paulo y Villaoma, gran sacerdote, Filipillo y otros muchos indios honrados y de servicio y carga. Topó Saavedra en los Charcas ciertos chileses, que traían al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba, su tributo en tejuelas de oro fino, que pesaron ciento y cincuenta mil pesos. Fué principio de jornada, si tal fin tuviera. Quiso prender allí al capitan Grabiél de Rojas, que por Pizarro estaba. Mas él se guardó, y se volvió al Cuzco por otro camino con su gente. De los Charcas al Chile pasó Almagro mucho trabajo, hambre y frio; ca peleó con grandes hombres de cuerpo, y diestros flecheros. Hicéronsele muchos hombres y caballos, pasando unas grandes sierras nevadas, donde tambien perdió su fardaje. Halló rios que corren de dia, y no de noche, á causa que las nieves se derriten con el sol, y se hielan con la luna. Visten los de Chile cueros de lobos marinos, son altos y hermosos, usan arcos en la guerra y caza; es la tierra bien poblada y del temple que nuestra Andalucía, sino que allá es noche cuando acá dia, y su verano cuando nuestro invierno. En fin, podemos decir que son antípodas nuestros. Hay muchas ovejas, como en el Cuzco, y muchos avestruces. Españoles los mataban á caballo, poniéndose en paradas; que un caballo no corre tanto como trota un avestruz.

Poco después que Almagro se partió á Chili, llegó Fernando Pizarro á Lima, ciudad de los Reyes. Llevó á Francisco Pizarro título de marqués de los Atavillos, y á Diego de Almagro la gobernacion del nuevo reino de Toledo, cien leguas de tierra, contadas de la raya de la Nueva-Castilla, jurisdiccion y distrito de Pizarro, hácia el sur y levante. Pidió servicio á los conquistadores para el Emperador, que decia pertenescerle, como á rey, todo el rescate de Atabaliba, que tambien era rey. Ellos respondieron que ya le habían dado su quinto, que le venia de derecho, y áina hubiera motin, porque los motejaban de villanos en España y corte, y no merecedores de tanta parte y riquezas; y no digo entonces, pero antes y después lo acostumbran decir acá, los que no van á Indias; hombres que por ventura merecen menos lo que tienen, y que no se habían de escuchar. Francisco Pizarro los aplacó, diciendo que merecian aquello por su esfuerzo y virtud, y tantas franquezas y preeminencias como los que ayudaron al rey don Pelayo y á los otros reyes, á ganar á España de los moros. Dijo á su hermano que buscarse otra manera para cumplir lo que había prometido, pues ninguno queria dar nada, ni él les fomaria lo que les dió. Fernando Pizarro entonces tomaba un tanto por ciento de lo que hundian; por lo cual incurrió en gran odio de todos; mas él no alzó la mano de aquello, antes se fué al Cuzco á otro tanto, y trabajó de ganar la voluntad á Mango inga, para sacarle alguna gran cuantía de oro para el Emperador, que muy gastado estaba con las jornadas de su coronacion, del turco en Viena, y de Túnez; y para sí tambien.

La rebelion de Mango, inga, contra españoles.

Mango, hijo de Guaynacapa, á quien Francisco Pizarro dió la borla en Vilcas se mostró bullicioso y hombre de valor, por lo cual fué metido en la fortaleza del Cuzco en prisiones de hierro. Mas desde allí, y aun antes que le prendiesen, tramó de matar los españoles y hacerse rey como su padre fué. Hizo hacer muchas armas de secreto y grandes sementeras para tener el pan abasto en las guerras y cercos que poner esperaba. Concertó con su hermano Paulo, con Villaoma y Filipillo, que matasen á Diego de Almagro con todos los suyos en los Charcas, ó donde mas aparejo hallasen, que así haria él á Pizarro, y á cuantos estaban en Lima, Cuzco y las otras poblaciones. No podia Mango ejecutar su propósito, estando preso; y rogó á Juan Pizarro, que conquistando andaba el Collao, lo soltase antes que viniese Fernando Pizarro, prometiendo ser muy leal y obediente al Gobernador. Comose vió suelto, hizose muy familiar de Fernando Pizarro, que le pidia dineros, para huir del Cuzco á su salvo con su amistad y favor. Así que, pidió licencia á Fernando Pizarro para ir á una solemne fiesta que se hacia en Hincay, y que le traeria de allá una estatua de oro maciza, que al propio y tamaño de su padre estaba labrada. Fué la semana santa del año de 1536. Cuando en Hincay estuvo, mofaba y blasfemaba de los españoles. Convocó muchos señores y otras personas, y dió conclusion en el alzamiento que pensaba. Hizo matar muchos españoles que andaban